duas empresas, en busca de aquel humo de gloria que forma su única reeompensa?

Es una verdad innegable que la virtud y los talentos no estan vinculados al nacimiento ni á las clases, y que por lo mismo fuera una grave injusticia cerrar á algunas el paso á los servicios y á los premios. Sin embargo, es tan difícil esperar el valor, la integridad, la elevacion de ánimo y las demas grandes calidades que piden los grandes empleos de una educacion oscura y pobre, ó de unos ministerios, cuyo continuo ejercicio encoge el espíritu, no presentándole otro estímulo que la necesidad, ni otro término que el interes; cuanto es fácil hallarlas en medio de la abundancia, del esplendor y aun de las preocupaciones de aquellas familias que estan acostumbradas á preferir el honor á la conveniencia, y á no buscar la fortuna, sino en la reputacion y en la gloria. Confundir estas ideas confirmadas por la historia de la naturaleza y de la sociedad, seria lo mismo que negar el influjo de la opinion en la conducta de los hombres, seria esperar del mismo principio que produce la material exactitud de un curial, aquella santa inflexibilidad con que un magistrado se ensordece á los ruegos de la amistad, de la hermosura y del favor, ó resiste los violentos huracanes del poder: seria suponer que con la misma disposicion de ánimo que dirige la ciega y maquinal obediencia del soldado, puede un general conservarse impávido y sereno en el conflicto de una batalla, respondiendo él solo de la obediencia y del valor de sus tropas, y arriesgando al trance de un momento su reputacion, que es el mayor de sus bienes.

D. ANTONIO DE CAPMANY Y DE MONTPALAU.

Dificultad de la prosa: necesidad de cultivarla. — TEATRO HISTÓRICO-CRÍTICO DE LA ELOCUENCIA ESPAÑOLA.

De los dos premios ofrecidos cada vez á la mejor composicion de poesía y elocuencia, el del primer género se ha adjudicado siempre á distinto ingenio; el del segundo, ha tenido el dolor aquel sabio cuerpo de no poderlo aplicar dignamente á ninguna de las piezas presentadas en el último año. Y habiendo sido muchas las que concurrieron en los dos años anteriores, fue forzoso en ambos coronar partos de una misma pluma: tan grande debe de ser la escasez de buenos oradores; ó bien dirémos, que es mayor de lo que comunmente se cree la dificultad de dar producciones prosaicas á rigurosa prueba y censura. La poesía tiene cierta mágica en las imágenes, cierto embeleso en la armonía, cierta ilusion en los adornos, en que las gracias del artificio deslumbran los ojos para cubrir todo lo débil y pequeño. La prosa es severa, mal contentadiza: nada disimula, nada oculta: es una hermosura desnuda á la luz del dia y á la vista de todos, porque es el idioma de todos.

Aunque con esta esperiencia podia yo haber desmayado en mi propósito; su misma dificultad me ha empeñado á mostrar que ni la nacion española, ni su rica y magestuosa lengua deben su celebridad solo á la poesía, sino tambien á la prosa; y que si bien por desgracia no podemos contar oradores de oficio como contamos poetas, podemos juntar un número tan grande de elocuentes escritores prosaicos en todos los géneros, que seguramente ninguna nacion moderna puede oponernos otro igual de tan aventajados en el manejo de su lengua patria. Esta dificultad no ha consistido en buscar y conocer los autores, sino en buscar y conocer en sus diversas obras los pasages donde reina verdaderamente elocuencia, y aun en este caso dónde es mas digna de ser pro-

puesta por modelo. Este ha sido el gran trabajo, esta la dificultad, este el esfuerzo para discernir los rasgos elocuentes en varias obras y tratados que no admitian en su asunto principal la oratoria, y en una nacion que no ha dejado piezas completas de elocuencia civil ni sagrada por causa que esplicarémos mas abajo. Para defender la poesía castellana se han sacado á luz composiciones enteras de sus poetas, ó pedazos selectos en confirmacion de nuestra causa; pero para vindicar nuestra elocuencia, nos hemos contentado hasta ahora con nombrar autores y con elogiar su estilo sin presentar jamas un testimonio de lo que alabamos: y esto por agena fe repitiéndose unos á otros, y no con verdadero estudio de sus escritos, ni conocimiento de los lugares escogidos de estos mismos escritos. Con decir fanfarronamente: nuestro Ciceron español Fr. Luis de Granada, nuestro moderno Salustio don Diego de Mendoza, hemos concluido el argumento y creido haber ganado la victoria. Pero yo he querido abandonar el rumbo trillado y comun de hacer comparaciones vagas con Xenofontes, Césares, Salustios, Livios, Tucídides, Tulios, Platones, Tácitos, Sénecas, Crisóstomos; y tomar el espinoso y prolijo trabajo de formar antes el exámen del estilo que su panegírico. Despues de esta operacion, no menos detenida é ingrata que la de un naturalista que herboriza por riscos y malezas; he venido á conocer que la prosa, que á primera vista parece el género de composicion mas fácil, porque es el mas natural y comun, es generalmente el mas difícil. Y en prueba tambien de esta dificultad, casi no se podrá probar que la lengua de ninguna nacion haya adquirido cierto grado de perfeccion antes de haber la poesía comunicado á la espresion número, imágenes y dulzura.

Conociendo pues la escelencia del romance español, y que la reputacion mas general, mas constante y mas digna de ser envidiada de esta lengua y de cualquiera otra, depende mas de la composicion prosaica que del artificio métrico; he formado esta coleccion de los escritores de nuestra nacion mas notables por su estilo y manejo del idioma patrio, con muestras de los pedazos mas selectos, discurriendo la serie de cuatro siglos, con el fin de acreditar la antigüedad y primor de nuestra lengua entre las estrañas, para que aficione á su lectura á los estrangeros, y sirva á mis patricios de

ameno estudio, recreacion y ejemplo del bien decir. De modelos mas que de reglas del buen lenguage necesitamos todos; porque el arte es breve y el estudio largo. Con el estilo prosaico hemos de esplicarnos los hombres, porque todos tenemos que servirnos de este lenguage, diaria, continua y necesariamente en todos los usos y estados de la vida civil. En prosa hemos de pedir y dar consejo, hemos de cultivar á nuestros valedores, obsequiar á nuestros señores, defender nuestras causas y las agenas, sembrar la semilla de la divina palabra, publicar la doctrina en todas las ciencias prácticas y especulativas, sostener la razon, desterrar la ignorancia, amparar la verdad y la inocencia, y defender la justicia pública y privada: finalmente, en prosa hemos de pasar á las edades venideras la noticia de los vicios y virtudes de los hombres, y la gloria ó infamia de las naciones y de los reyes.

Saldrán vengados de la oscuridad y olvido del sepulcro á hacer su papel en este teatro de la elocuencia algunos escritores, dignos en vida de haberlo hecho mayor en el teatro del mundo. Otros comparecerán confusos y corridos al lado de sus émulos y rivales; y ninguno verá aqui el rostro de sus protectores ni de sus perseguidores. ¿Qué espectáculo este donde podrémos ver y conversar con los escritores insignes de provincias y siglos diversos? ¿Donde podemos oir á Alfonso dictando sabias leyes; á D. Juan Manuel dando reglas morales y civiles para el bien vivir; á Pulgar juzgando á los cortesanos de su tiempo; á Guevara retratando los vicios de los grandes, y los peligros de la corte; á Granada exhortando á la virtud; á Leon ensalzando los atributos de Dios; á Mariana juzgando y defendiendo á su nacion; á Cervantes ridiculizando las preocupaciones, y moviendo los sencillos y tiernos afectos; á Saavedra formando su república política y literaria, á Solis pintando estraños caractéres, y describiendo estupendos sucesos?

La elocuencia española en el siglo XVI: escritores militares.
—TEATRO HIST. CRIT. DE LA ELOCUENCIA.

Bajo de cualquier aspecto que contemplemos el siglo XVI, no podemos negarle el renombre que justamente mereció de

siglo de oro; ahora sea con respecto al número y mérito de grandes escritores que ilustraron á la nacion española, al paso que sus invictos capitanes estendian su señorío y la magestad de su nombre por casi toda la redondez de la tierra. Bien se puede aqui repetir lo que en otra parte se ha dicho: que de los tres monarcas que gobernaron en aquellos tiempos la España, Fernando el Católico crió los grandes ingenios; Cárlos los alimento y Felipe su hijo cogió los frutos sazonados de todo género de doctrina y sabiduría. El estilo elocuente segun muestran los escritos de estas tres memorables épocas del progreso de la cultura española, habia empezado por una mezcla de fuerza y mal gusto: luego se encumbró el ingenio á una elevacion llena de grandeza, pero desigual; y últimamente los talentos gastados un poco, digámoslo asi, con la lima y pulimento del estudio de las humanidades y de los elegantes modelos; buscando la perfeccion dieron en nua continua elegancia que dañó en cierto modo á la grandeza y seguramente á la fuerza y vigor de la elocucion castellana. Este efecto del progreso de las luces y de los buenos estudios de la nacion cundió hasta muy entrado el siglo décimo séptimo, en cuyos primeros años sostuvieron las plumas de varios escritores la reputacion y decoro del estilo castellano del siglo anterior en que se habian criado. Es necesario aqui hacer una oportuna observacion en honor de la elocuencia política de los españoles, para que vea el mundo cuán felizmente se puede hermanar la bien cortada pluma con la bien cortante espada. Los señalados capitanes y célebres guerreros que supieron suavizar la aspereza de la milicia con el deleite de las letras, casi todos han merecido un distinguido lugar, y si ya no el primero, entre los escritores mas elocuentes de la nacion. Examínese cada uno de ellos con respecto al tiempo en que florecieron, y al asunto que trataron: y pregúntese luego ¿quién superó entonces, ni quién ha igualado ni aun imitado despues, á D. Juan Manuel, á Avila, á Mendoza, á Cervantes, á Moncada, y á Coloma, sin olvidar á Cortés en sus cartas á Cárlos V? Podríamos decir, que en el teatro de la guerra debe el continuo espectáculo de objetos nuevos, raros, grandes y terribles comunicar viveza y grandiosidad á la espresion, la tolerancia de los trabajos y familiaridad con los peligros, valentía y solidez á los pensamientos, y el conoci-

miento de paises y gentes diversas, junto con la esperiencia práctica de las pasiones y astucias humanas, verdad y profundidad á las sentencias.

Recursos de la Oratoria Sagrada, falta de buenos oradores del púlpito en España.—TEATRO HIST. CRIT.

Pero ¿podrémos acaso compensar la esterilidad de la elocuencia en los escritos políticos de aquel siglo, buscándola en los escritos sagrados? De ningun modo: porque estos estaban inficionados del mismo estragado gusto, ó de una languidez insuportable. ¿Buscarémos la oratoria en los sermonarios? ¿irémos á escucharla en el púlpito? ¡mas ay dolor! que aqui casi nunca ha reinado: y esto con tan estraña fatalidad, que los mismos escritores que en sus varias producciones lucieron su buen estilo, en sus sermones lo afearon. Si subimos á tiempos mas remotos ¿qué era la oratoria sagrada en los siglos XIII y XIV? Buscarémos en aquellas informes composiciones, elegancia, pureza, correccion ni mocion? No se ve en ellas mas que un fárrago pesado de testos y muchas sutilezas escolásticas, que ya entonces dominaban en todas las producciones del entendimiento humano. ¿Qué era la oratoria sagrada en el siglo XV? Los mas de los ministros del evangelio parece que no predicaban sino por vanidad. En todo aquel siglo no se oyeron mas que bajos y groseros chistes, frias declamaciones y alegorías insípidas, estrañas metáforas y ridículas alusiones, que segun el gusto del tiempo se escucharian con admiracion, y hoy no se podrian leer sin risa ó sin hastío. Entonces se admiraba como maravilloso predicador el que sabia hacinar un gran número de testos de varios autores, y reducir á un solo tema todo lo que los demas habian dicho hasta allí. Aquellos sermones no son mas que áridos discursos escolásticos de teología moral, atestados de citas de autores sagrados y profanos, donde se ven hermanados san Ambrosio y Lucano, san Agustin y Marcial. ¿Qué fruto se podia sacar de estos sermones, sino un pesadísimo enojo ó sueño á los oyentes, y una estéril admiracion de la erudicion del orador? Este fatal gusto reinó hasta muy entrado el siglo XVI, en que vino Fr. Luis de Granada á desarraigar muchos abu-

sos del púlpito, bien que no son sus sermones lo mejor de sus escritos, ni dignos de proponer por modelo de estilo castellano para la perfecta elocuencia del púlpito; pues tuvimos la desgracia que los compusiese en idioma latino. Sin embargo hemos de confesar que en todo el tiempo que corrió desde el V. Juan de Avila, precursor y maestro del mismo Granada, hasta fines del reinado de Felipe III, ningun pais de Europa produjo ministros de la palabra de Dios ni mas elocuentes ni mas virtuosos: á lo menos la fuerza del raciocinio y la copia de la doctrina eran sacadas de la Escritura y los Santos Padres: notándose solo cierta desigualdad y desaliño, que bien fuese estudio ó descuido, jamas los dejará por perfectos modelos de la elegancia y nobleza oratoria. Admira por una parte, cómo las ideas religiosas, que dirigen y animan la elocuencia del púlpito, no daban mas calor á la imaginacion de aquellos oradores sagrados; y cómo los principios evangélicos que tiran á levantar la flaqueza de los pequeños, y á rebajar el orgullo de los poderosos, y á no dar á los mortales otras clases que las que les dan sus virtudes, no comunicaban á su espresion mas vigor y energía. Me inclino á creer que aquellos oradores cristianos, tal vez persuadidos de que en manos del Altísimo todos los instrumentos son iguales, que la sola idea de Dios, cuyos ministros eran, debia producir mayor impresion que los vanos socorros del hombre, y que en el menosprecio de una gloria mundana entraba el menosprecio del arte oratorio; descuidaron los adornos esenciales de la elocuencia, temiendo injuriar la verdad y humildad religiosa, y debilitar la causa del cielo defendiéndola con las armas de la tierra. Quizás no es otra la razon que se puede encontrar de los pocos progresos de la oratoria sagrada entre nosotros. Del conjunto de estos principios naceria aquella mezcla de perfecciones y de defectos: de desaliño en el estilo, y de grandeza en los pensamientos; toda la valentía y elevacion del celo religioso en unas partes, y toda la languidez de una moral fria y uniforme en otras, queriendo herir de este modo á la imaginacion al paso que se ofendia al gusto. De la falta de oradores sagrados quizá no se podrán señalar otras causas que las esplicadas, ya que de los oradores políticos es mas fácil indicarlas. En efecto la elocuencia en las monarquías, donde es generalmente condenada á las alabanzas ó lisonjas, y no

es un oficio público que mande las voluntades de una nacion congregada, debia haber hecho mayores progresos, pues tiene siempre una escuela permanente de oradores, cual es el púlpito. El derecho de hablar al pueblo congregado en Roma libre, habia pertenecido á los magistrados y en Roma esclava á los emperadores, porque siempre fue mirado como parte de la soberanía. Este derecho con la conversion de Constantino pasó á los ministros del Santuario, que subiendo públicamente á los púlpitos, crearon un nuevo género de elocuencia desconocida hasta entonces, pues versaba sobre unas ideas, principios y objetos enteramente nuevos, y opuestos á los del paganismo.

Todas las circunstancias que en Atenas y Roma antiguas favorecieron al imperio y progresos de la elocuencia profana, las mismas y otras mas poderosas debian favorecer á la elocuencia sagrada entre nosotros. Si aquella se fomentó y alimentó con la libertad republicana; la otra se habia criado con la libertad apostólica. Si aquella en las antiguas repúblicas hacia parte de su constitucion, pues sin ella no habia gobierno ni estado; esta en las repúblicas cristianas es uno de los principales cargos del ministerio pastoral. Si aquella era la que dictaba leyes y las abolia, la que ordenaba la guerra, la que conducia á los ciudadanos al campo de batalla, y la que consagraba las cenizas de los que habian muerto peleando por la patria, esta es la que dicta las reglas de la perfeccion cristiana, la que arma y guarnece la fragilidad humana contra las asechanzas de los vicios, y la que celebra la memoria de los héroes que triunfaron de las pasiones y de la misma muerte. Si aquella era la que desde la tribuna velaba contra los tiranos, y hacia resonar en los oidos de los ciudadanos las cadenas de la servidumbre que les amenazaban, esta es la que desde el púlpito predica la redencion del género humano del cautiverio del pecado, un pacificador y medianero entre Dios y el hombre, un nuevo órden de justicia, una vida futura, grandes esperanzas y grandes temores para la eternidad. Entre aquellos republicanos la elocuencia política vino á ser un espectáculo público, y entre nosotros lo es la elocuencia sagrada. La primera tenia un poder irresistible, porque no solo gobernaba las opiniones, sino la opinion de todo un pueblo congregado, donde su fuerza es terrible, porque allí la

fuerza de cada individuo se multiplica por la de todos juntos: asi es que apenas ha habido grande elocuencia sino delante del pueblo.

Siendo esto asi, como acabamos de referir ¿cuánto mayor estímulo no debe comunicar la elocuencia del púlpito al que predica la palabra del Señor? A mas del espíritu religioso que anima é inflama, al contemplar el predicador una muchedumbre inmensa de oyentes que colgados inmóviles de su boca se poseen de los afectos que mas le penetran, que sollozan, tiemblan, se alegran, se enternecen á su voluntad, debe todo esto á la verdad servirle de un dulcísimo incentivo para usar de toda su valentía, y para unir á la perfeccion del arte el señorío de los corazones. Delante de la muchedumbre vibraba rayos Demóstenes, al mismo tiempo que la elocuencia estaba prohibida dentro del areopago. Delante de la muchedumbre desplegaba la fuerza de su elocuencia Tiberio Gracco: y Ciceron era mucho mayor orador cuando hablaba al pueblo, que cuando razonaba en el senado. Parece que la elocuencia no solo necesita de una concurrencia universal, y que á esta la puede conmover, sino de hombres á quienes pueda infundir sus pasiones á su arbitrio: porque para ser verdaderamente elocuente, es menester que el que habla sea igual con los que le oyen, y aun á las veces que tenga ó tome cierto dominio sobre ellos. Tal es el orador sagrado, que hablando en nombre del Altísimo, es el único en las monarquías que puede desplegar á presencia del pueblo, de los grandes, y aun de los reyes, aquella suerte de autoridad, y aquella franqueza arrogante y libre que en las repúblicas daba á los antiguos oradores la igualdad de los ciudadanos, y una misma patria, cuya defensa á todos pertenecia.

¡Pero cuán diferente ha sido el efecto! De ninguna de las ventajas y circunstancias tan favorables á la elocuencia sagrada, que acabamos de manifestar, se han aprovechado tanto como se debia esperar nuestros oradores, bien fuese por un espíritu mal entendido de abyeccion hasta de las fuerzas de su talento, ó por el poco gusto que ha prevalecido casi siempre en nuestro púlpito. Verdad es que á pesar de este desaliño y pesadez, alguna vez se remontan; pero esta elevacion mas se debe atribuir á la santidad de la religion y al heroismo de la moral que predican, que á los esfuerzos de su arte. Preciso es que los grandes objetos inspiren grandes ideas, y es imposible dejar de ser sublime hablando de Dios, de la eternidad, del juicio, de la caridad apostólica, de la constancia de los mártires, de los peligros de la vida, y de los temores de la muerte. Estas ideas por sí mismas infunden á la imaginacion una especie de terribilidad que no dista mucho de lo sublime. Entonces el objeto por sí mismo arrebata y se lleva al orador. El calor de un asunto patético y terrible es capaz de inspirar ciertos movimientos y discursos felices al orador mas desnudo de ideas de la verdadera elocuencia. Pero ¿qué seria nuestra oratoria del púlpito en el siglo pasado, cuando careciendo de aquella gravedad y sencillez que acompañaron á la mayor parte de los sermones del anterior, se inficionó del estragado gusto que habia pervertido á todo género de escritos? ¿Qué eran las oraciones fúnebres, estas declamaciones tan despreciables cuando el héroe es indigno de la memoria de los hombres, y tan ridícula cuando el orador no es elocuente? ¿Qué eran los panegíricos sino un amontonamiento desordenado de exageraciones estravagantes, de agudezas pueriles, y metáforas violentas? Unas y otras composiciones ¿qué otra cosa eran sino una continua mezcla de erudicion sagrada y profana con mas citas de Ovidio y Virgilio que de profetas y evangelistas, hasta degenerar en bufonadas? Sin embargo, en ningun siglo se publicaron mas sermonarios ni mas tratados del arte de predicar: pero ¡qué áridos y desabridos! tan indigestos como las producciones de los que los escribieron. No era tiempo aquel para reformar el púlpito. ¿Podian por ventura ser reformadores de la elocucion sagrada los mismos que habian contribuido á corromperla?

Bossuet y Flechier. — TEATRO HIST. CRIT.

Luego siguió Bossuet, que si bien tiene algunos defectos de su antecesor, los borra con innumerables bellezas. En efecto debemos reputarle por el hombre mas elocuente de su siglo, ahora se considere con respecto á la profundidad, grandeza y sublimidad de las ideas, ahora con respecto á la vehemencia y magestad de las espresiones, viveza y magni-

ficencia de las imágenes, que hacen su elocucion rápida y nerviosa. Bossuet, destinado por gusto y por genio á la elocuencia y á la controversia, llevó al sumo grado los talentos de orador y de teólogo. Desde que se presentó en el púlpito, la oratoria sagrada mudó de semblante, sustituyendo á las indecencias que la envilecian, al mal gusto que la degradaba, la fuerza y dignidad que convienen á la moral cristiana. Si el carácter sublime de la elocuencia consiste en crear frases profundas y grandiosas que enriquecen á las lenguas, en embelesar los oidos con una grave armonía, en no tener un tono y estilo fijo, sino tomar siempre el tono y la ley que dicta el momento y la ocasion, en correr á las veces con paso grave y sosegado, y luego de repente arrojarse como centella, remontarse, abajarse, volver á levantarse, imitando la naturaleza, que es irregular y magnífica, y á veces hermosea el órden del universo con el desórden mismo; sin disputa habrémos de conceder esta preferencia á Bossuet. Pero ¿cómo podrémos sostener que estas desigualdades hayan de contarse por perfecciones de la elocuencia? A la verdad despues de haber caido, vuelve á levantarse; mas es siempre muy tarde. Seria inimitable este insigne orador si se sostuviera mejor alguna vez, ó si á lo menos cuando decae, llenase esta falta de elevacion con bellezas de otro género, y no con amplificaciones y lugares comunes de la moral mas trivial: parece entonces un santo Padre que enseña el catecismo á los muchachos. Nadie se enseñorea mejor que él de lo que su asunto le suministra; mas cuando este asunto se agota y lo abandona, nadie sabe suplir menos que él este vacío. En estos lugares de sus discursos es donde se ve cuán frio, prolijo y estéril es algunas veces.

A este famoso orador siguió Flechier, Obispo despues de Nimes, cuya elegancia, armonía, colorido y correccion de estilo, en que ha sido inimitable, pueden borrar el defecto de sus antítesis y continua simetría de los contrastes. Algunos han dicho que Flechier poseia mucho mas el arte y mecanismo que no el talento de la elocuencia. Jamas se enagena, pues no tiene ninguno de aquellos arrebatos que anuncian que el orador se olvida de sí, y toma parte en lo que refiere. No se lee vez alguna que no parezca que le vemos como coordina metódicamente una frase y redondea sus sonidos; de allí como pasa á otra, aplícale el compás, y de aquella á otra tercera. De modo que nos deja percibir bien todo el sosiego de su imaginacion; siendo asi que las grandes piezas de elocuencia deben compararse á las grandes estatuas de bronce, que se funden de una sola hornada. Ya que hemos referido los defectos que unos le critican, oigamos la justicia que otros hacen á sus bellezas. Su estilo si no es impetuoso ni ardiente, es á lo menos siempre elegante. En defecto de nervio, le sobran correccion y gracia. Si le faltan aquellas espresiones originales, que á las veces una sola representa una masa de ideas, gasta aquel colorido siempre igual que da realce á las cosas pequeñas y no exagera las grandes. Casi nunca asombra á la imaginacion del lector; pero la llama, y la para. Alguna vez mendiga socorro á la poesía, pero son mas las imágenes que los entusiasmos lo que toma. Sus pensamientos rara vez tienen elevacion, pero son siempre adecuados, y algunos tienen aquella delicadeza que despierta el espíritu, y lo ejercita sin fatigarlo. Ademas parece que tenia un profundo conocimiento de los hombres, á los cuales pinta como poeta, y juzga como filósofo. En fin tiene el mérito de dos géneros de armonía: la del enlace melodioso de las palabras para halagar el oido, y la de la analogía de los números del período con el carácter de las ideas, para pintar el discurso.

Por qué su obra no trata sino de la edad media.—

MEMORIAS HISTÓRICAS SOBRE LA MARINA Y COMERCIO DE BARCELONA

Despues de tener acopiados los materiales que la novedad ó estrañeza del asunto proporcionó á las mas prolijas investigaciones, se coordinó una historia económica que abrazase las épocas de la edad media, las mas fecundas en sucesos dignos de nuestra memoria é imitacion, apoyados en testimonios legales é irrefragables. Los tiempos fabulosos son propios para adular aquellas naciones que quieren entretener su vanidad con ficciones y maravillas. El estado de las cosas y de los sucesos, aunque sean los mas célebres desde la invasion de los romanos, pertenecen á la historia general de aquellos señores del orbe; y las revoluciones y catástrofes

acaecidas en la decadencia del imperio hasta su total estincion, tampoco ofrecen hechos dignos de ilustrar la historia económica de ningun pueblo. La dominacion de los godos no dejó monumentos para poder coordinar una pintura del estado de la marina y contratacion española. El yugo de los árabes esclavizó á la nacion : mas los hechos de la navegacion, artes y tráfico de los vencedores, si se recogiesen por una mano inteligente, compondrian una historia particular, que podria servir de introduccion á la de nuestras provincias, especialmente á las meridionales.

La remota antigüedad de estos sucesos, la rareza de ellos, su ninguna conexion con la economía de los tiempos presentes, y mucho menos con las costumbres y carácter de los actuales habitantes, que ninguna lengua ni el nombre conservan de los antiguos, la dificultad de tratarlos envueltos en una profunda oscuridad de incertidumbres, contradicciones ó tradiciones absurdas : todo esto ha obligado á dar principio á esta obra por los tiempos mas claros de la baja edad, en que las escrituras y los cronistas contemporáneos empiezan á fijar la verdad hasta entonces desfigurada, y en la que las naciones modernas comenzaron á formar estados ó repúblicas nuevas despues de haber sacudido el yugo de los bárbaros.

Marina militar de Cataluña : comercio y navegacion de las demas naciones. — MEMORIAS HISTÓRICAS.

Las espediciones de los invictos Reyes de Aragon, dispuestas en forma de Compendio cronológico, componen el ramo mas brillante de la historia marítima de los catalanes: porque estos no solo se hallaron en todas las grandes empresas, sino que siempre formaron la primera y principal parte de las reales armadas. Aqui se verá cuánto contribuyeron para aumentar y sostener las fuerzas y respeto de la corona la pericia de los generales, el valor de los combatientes y los generosos servicios de naves y gente de mar que suministraban los reinos de Valencia y Mallorca; no menos que las robustas y animosas tropas y los capitanes insignes que de Aragon salieron para hacer triunfar las armas de sus reyes en Africa, Sicilia, Nápoles y Cerdeña. No es menos

gloriosa para los catalanes la singular circunstancia de que casi todas las naciones de Europa se sirvieron de sus socorros navales, no habiéndose ellos jamas valido de fuerzas agenas para combatir y vencer á sus enemigos. Con este motivo se hace una larga enumeracion de diferentes reinos y repúblicas que necesitaron de sus buques ó marinería, unas veces como ausiliares y otras como estipendiarios. Conclúyese esta primera parte con la relacion histórico-cronológica de los servicios marítimos que hizo la ciudad de Barcelona á los señores Reyes de Aragon por espacio de cuatro siglos ; y de las singulares gracias y privilegios que mereció de la munificencia y reconocimiento de aquellos príncipes por tales subsidios.

La segunda parte de estas memorias abraza varios puntos históricos y políticos del renacimiento del comercio y navegacion en occidente, antes de tratar de los diferentes ramos del tráfico marítimo de los catalanes. Esta será sin duda la parte mas instructiva, mas curiosa y mas interesante de toda la obra, y la que se debe mirar como una introduccion á la historia mercantil de las naciones modernas : puesto que de todas ellas se leerán aqui noticias y memorias de su antigua policía, de su industria y de las relaciones y mutua dependencia, que por medio de la contratacion guardaban unos pueblos con otros desde el Báltico hasta Ponto-euxino.

Las navegaciones de las ciudades mercantiles de la edad media, aunque no atravesasen las inmensidades del océano ni perdiesen de vista el antiguo hemisferio, no desmerecen los ojos de la historia ni la atencion del lector. Sin salir de una zona se adquirian grandes caudales ; se giraban inmensos negocios. Si los viages eran cortos principalmente los del levante, las tierras y escalas que se frecuentaban eran famosas ; pues todas habian sido reinos ó repúblicas célebres de la antigüedad teatro de las guerras y espediciones de los fenicios, griegos, cartagineses y romanos ; paises en fin que por sus instituciones políticas, artes y sabiduría fueron digno asunto á las plumas de los Herodotos, Xenofontes, Plutarcos, Plinios, Diógenes Laercios, Diodoros de Sicilia etc. Verémos en el discurso de esta segunda parte las comunicaciones que tenian unidas al Asia y al Africa con el continente de Europa, principalmente las costas de Egipto y las

de Berbería poblada entonces de árabes activos é industriosos. En la Italia, en la Grecia, en el Asia menor, en la Siria y en el Archipiélago aparecerán antiguas ciudades con sus nombres desfigurados; unas que renuevan el antiguo que habian borrado las irrupciones de los bárbaros y de los musulmanes; otras en fin que mudan su asiento y situacion. Despues siguiendo el progreso que hizo la navegacion fuera de los límites de las columnas de Hércules, nos conducirá el mismo órden de las cosas á los mares septentrionales. En la Flandes admirarémos la opulencia y la fortuna de unos paises que su situacion hizo centro, escala y depósito general de las espediciones mercantiles de los pueblos del norte y del mediodía, segun el estado de la náutica y las circunstancias en que entonces estaban las potencias de Europa. La Inglaterra se nos presentará una isla mas temible entonces por sus piraterías que famosa por su comercio: destituida de industria y de actividad mercantil hasta el siglo XVI, y frecuentada por todos los navíos de aquellas naciones activas, que la proveian de los objetos de lujo y de comodidad. La Irlanda y la Escocia por el poco lugar que ocupan en la historia política general de aquellos tiempos, casi se podria creer que hacian entonces el mismo papel que hoy la tierra de Diemen. La Rusia era bárbara y poco conocida. Los daneses y suecos conservaron alguna navegacion imperfecta: solo la Hanza teutónica, esta liga de activos y económicos mercaderes, formó la única potencia marítima que causó zelos á las demas, y al fin dominó á todas las del norte por sus riquezas y numerosos convoyes que cubrian los mares de embarcaciones.

Ojeada al antiguo régimen municipal de Barcelona.

— MEMORIAS HISTÓRICAS.

Asi pues en una populosa ciudad, en donde el gobierno residia en manos de hombres sacados de todas las clases y profesiones, á cuyo concejo ninguna materia seria estraña ó indiferente, y cuyos cargos anuales de padres conscritos no hacian la fortuna de ningun ciudadano, ni podian ser el premio de la lisonja ó de la venalidad; digo que en semejante pueblo las costumbres públicas y la policía no podian dejar

de haber hecho rápidos y señalados progresos. Y si las leyes ausiliadas de las costumbres pueden mucho; claramente se vió en otros tiempos en aquella capital, la cual durante los dos siglos de sus mayores riquezas y concurrencia de diferentes naciones, que son ambas cosas el contagio mas activo de la depravacion moral, conservó su sobriedad, veracidad y antigua fortaleza el pueblo; su buena fe el comerciante; la discreta economía el padre de familias; su pundonor el menestral; su decoro el ciudadano; la matrona su honestidad, y su integridad el magistrado. Buen testimonio son de esta pintura lo que han dejado escrito los mismos Reyes en sus diplomas, y gran número de escritores contemporáneos en sus viages é historias.

Pero al fin aquella forma de gobierno republicano que pudo ser útil en las circunstancias de aquellos siglos en que los Reyes eran pequeños y pobres y las fuerzas de mar y tierra se median por los subsidios de las ciudades y de la nobleza, hubo de degenerar en un perpetuo conflicto de potestades, desde que la monarquía española acabada de formar de diversas provincias, ó mas bien naciones, empezó á trabajar en consolidarlas para establecer un solo poder é interes nacional, cuya beneficencia y vigilancia fuesen difusas á todas las partes del cuerpo político. Y como desde fines del reinado de Felipe II empezasen á decaer el comercio y la industria en esta capital por causas que esplicarémos mas adelante, y se interrumpiese el antiguo ejercicio de las armas; la ignorancia y debilidad de la potestad ejecutiva de las leyes siguieron luego á la pobreza y al ocio. Desde entonces aquella administracion independiente y popular ganada con singulares servicios, y aun necesaria en los siglos góticos para poblar y civilizar las ciudades, y promover la navegacion mercantil, sirvió en los reinados de los tres últimos Reyes austríacos de instrumentos para su propia ruina, cuando ya no mantenia mas que aquella fiereza, desconfianza é inquietud inherentes á un pueblo libre y pobre á quien de sus pasadas grandezas y prerogativas no le quedaban mas que las ceremonias y etiquetas.

Ferocidad de las guerras en la edad media, particularmente de las marítimas.—MEMORIAS HISTÓRICAS.

El primer rompimiento de hostilidades entre catalanes y genoveses, que con razon llama Juan Villani, historiador florentino de aquel tiempo: *guerra molto aspra e dura*, y que por su obstinada duracion dieron lugar á recípocros estragos y mortandades, nos ofrece un vivo retrato del género de guerras navales de aquella edad, en las que obraban mas la animosidad y odio personal que los intereses del estado y la sagacidad de los gabinetes. En ellas no se busque aquella humanidad que las nociones del derecho de gentes han introducido en los combates, y mucho menos la cortesía que al trato y comunicacion con los diversos pueblos, y los progresos de la civilizacion han inspirado despues á los guerreros; antes bien todo era entonces cólera y temeridad de parte de los caudillos, y de los combatientes ferocidad y venganza; efectos todos propios de la barbarie y grosería de aquellos siglos y de la pequeñez de las naciones, entre quienes es mas fácil que el odio crezca y se haga luego universal, por aquella razon que el peligro es en ellas mas inmediato y comun, y por consiguiente la defensa mas necesaria á todos los individuos de la sociedad.

En efecto: ¿qué moderacion y buena fe se podia esperar de una edad, en que los reyes reñian desafiados como injurias personales las querellas de la corona, ó de la nacion, y cortaban el puente destinado para parlamentarse; en que los heraldos intimaban al enemigo el enojo y despecho de los potentados; en que los improperios servian de manifiestos, y la horca, ó los cadahalsos eran el destino comun de los vencidos? Unos cuantos ejemplos, que por fortuna los historiadores nos han dejado apuntados, podrán darnos una clara idea de las costumbres groseras de aquellos siglos..... Los catalánes que no pasaban por los mas corteses de la Europa, y que á su dureza natural juntaban entonces la grosería del siglo, y la ferocidad de su valor, no nos pudieron dejar mejores ejemplos de magnanimidad, y hospitalidad en las guerras: y mucho menos en la que sostuvieron contra los genoveses, enemigos eternos de su comercio y prosperidad; cuyo odio se hizo universal, no solo en las familias sino tambien en las

generaciones. Por un pasage de aquellos tiempos se puede descubrir un rasgo de la animosidad que reinaba entre estos dos pueblos. En el año 1334 cuatro naves catalanas que llevaban tropas á Sicilia, despues de repetidos combates contra diez galeras de Génova, que por espacio de ocho dias seguidos las habian dado caza, hubieron de rendirse finalmente; pero antes uno de los catalanes que llevaba á bordo á su esposa, le atravesó el pecho con su propia espada prefiriendo verla espirar á sus pies que caer en manos de los enemigos. En efecto es muy presumible que entonces un marido no pudiese esperar grandes atenciones de la brutalidad de una chusma vencedora.

Independientemente de la barbarie de aquellos tiempos y animosidad personal de los partidos, que no permitian muchos actos de moderacion y generosidad, y del denuedo de unos combatientes que vencidos no podian esperar mejor trato que el de esclavos; concurrian otras causas para hacer las guerras de mar tremendas y destructivas. Los combates eran mas mortíferos que los de hoy: porque se peleaba comunmente con bastimentos bajos y mas débiles, y con abordage recíproco, en que se venian á las manos; y trabándose unas galeras con otras con garfios y cadenas, eran unos puentes flotantes de comunicacion para mezclarse dos enemigos. En este estado uno de los dos habia de quedar rendido ó aniquilado; pues ninguna maniobra era capaz de separarlos: ni el encarnizamiento personal en que solo obraban el valor ó la desesperacion, permitia aquella subordinacion fria y pasiva para obedecer á la voz del comandante que ordinariamente estaba confundido en la pelea, ni para suspender la accion del combate.

Utilidad de la historia mercantil.—MEMORIAS HISTÓRICAS.

La historia de las navegaciones y del tráfico de una provincia ó de una nacion, debe interesar á las demas; porque por su naturaleza ha de abrazar las relaciones y correspondencias con todas las marítimas; muy diferente de la historia civil ó militar, la cual circunscrita al estado antiguo de las leyes, letras ó armas de un pueblo particular, no tiene tanta inmediata y directa conexion con los otros, por ser artes

apropiadas á las necesidades de los hombres de cierto pais, sin necesidad ni dependencia aun de los mas vecinos. Solamente la historia romana en sus diversas partes pertenece á todos los pueblos conocidos del orbe antiguo, asi á los vencidos, como á los libres y aliados; porque la lengua, la legislacion y el imperio de Roma penetró ó influyó en todos.

La historia mercantil, tratada con los cálculos, datos é individualidad que conviene, seria una de las partes mas útiles de la historia universal, porque al paso que espone los principios, progresos y decadencia de la industria de las naciones, descubre tambien las causas de su prosperidad, de sus contratiempos, ó de su ruina; y puede dar luces para su restablecimiento en los pueblos en donde floreció, y vino á perderse su memoria. Es tambien la parte de la historia que acaso hace mas honor al género humano, porque demuestra como pudieron el interes y el espíritu de comercio por sí solos conseguir lo que jamas la violencia de las armas ó la política de los tratados, hubieran alcanzado tan unida y estensamente, quiero decir, un nuevo género de sociedad y trato pacífico voluntariamente establecido entre naciones muy lejanas unas de otras por su situacion, y mas lejanas aun por su idioma, religion y costumbres.

Que sin amor al trabajo y sin la estimacion á las artes mecánicas no puede haber industria.—MEMORIAS HISTÓRICAS.

Donde no hay amor al trabajo, todo el dinero del erario ó de los particulares, ciertamente no lo infundirá; y si para mayor desgracia este trabajo es mirado con desprecio, y como destino de canalla ó de advenedizos estrangeros, todas las gracias y privilegios tampoco les darán estimacion. La esperiencia dias ha que nos lo enseña en varias provincias de estos reinos: y ojalá no fuese verdad. Son inmensas las sumas, grandes las exenciones que se dispensan por el gobierno de cuarenta años á esta parte para animar la industria y las fábricas nacionales; pero yo no veo que las artes ni que los hijos del artesano sigan el oficio del padre, ni que el que tuvo á su padre ó abuelo artesano confiese sin rubor tales ascendientes.

Algunas fábricas se establecen, y apenas nacen cuando

mueren: algunos talleres se abren con magníficas esperanzas y á los tres años desaparecen. Todo es celo, exhortaciones y conversaciones de industria de parte de los que no la ejercen, ni honran á los que la profesan, esto es, todos blasonan de ser protectores de ejercicios en que se avergonzarian haber tenido algun abuelo. Es moda tratar, escribir y disertar de industria, pero moda loable: las ideas se han mudado, es verdad, mas solo entre los escritores: en general la opinion de los magistrados y de los poderosos se ha trocado, mas la del pueblo subsiste siempre inmutable. Y asi como esta lucha con la de los predicadores especulativos; por eso son tan escasos, ó ningunos, los frutos que se cogen con visible y duradera utilidad.

El lugar que se contaban cien mendigos, y doscientos descamisados ahora treinta años, los mismos cuenta hoy: ¿su propia miseria no los levanta, y los levantarán los discursos? Dios nos libre que esta miseria sea heredada; que entonces, no solo no desea el hombre sacudirla, sino que la ama, se connaturaliza, y aun se honra con ella. A semejantes gentes habituadas y bien halladas con esta tranquilidad, esto es, de no discurrir, de no desear, ¿qué móvil será bastante para darles actividad y energía? antes de establecer fábricas, y de promover las artes quisiera yo que se estableciesen costumbres laboriosas, y que se enderezase la opinion popular. Sin estos dos preliminares, vanos serán todos los esfuerzos para infundir amor al trabajo y deseos de mejorar cada uno su suerte. Mientras el pueblo menosprecie los oficios, no por lo que tienen de penosos, sino por el desdoro que teme de ellos, dejará todos los ramos de la industria en manos de estrangeros. Y cuando por medio de estos se estableciesen mil fábricas, mil talleres; nunca diríamos que los españoles son industriosos, sino que en España hay industria, que son dos cosas muy diferentes. Pero como esta industria es precaria, ó como forzada, no se arraiga, no forma escuela, y asi no deja discípulos: por consiguiente sufre contratiempos, transmigra, cae, y al fin desaparece. Léase nuestra historia económica de un siglo acá.

Mientras el pueblo no llega á conocer que vale algo por sí mismo, que la nobleza es distinta de la honra, que esta no se pierde por algun ejercicio honesto y útil á la patria,